

Montaigne en el Ampurdán

«No me canso de leer los *Ensayos* de Montaigne» —escribe Pla en *El quadern gris*— «Paso con ellos horas enteras, de noche, en la cama. Me producen un efecto plácido, sedante, me dan un delicioso reposo. Encuentro en Montaigne una gracia casi continua, llena de incesantes e inagotables sorpresas. Una de ellas proviene del hecho de que Montaigne tiene una idea muy precisa de la insignificante posición del hombre en la tierra». Otro par de veces invoca el catalán al bordelés: al describir su ideal de vida, el de ambos (vivir en la hostería, reír con los conocidos, morir entre desconocidos) y para recordar la calidad *ondoyante* de la vida misma.

Más allá de estas puntuales invocaciones, la inspiración monteñana alienta en todo el texto, y numerosas coincidencias de diverso tipo permiten un más amplio retrato paralelo. En primer lugar, las similitudes históricas. Las guerras de religión del siglo XVI, que deshacen a Europa y se traducen en contienda civil francesa (1562-1592), marcando el final de la ilusión humanista del Renacimiento, se parecen a las dos guerras mundiales, la anarquía barcelonesa de 1919 y la guerra civil española, que destruyen la paz aparentemente sólida de la *belle époque* europea y la Restauración en España. La peste de Guyenne en 1549 y de Burdeos en 1585 son amenazas cotidianas de indefensión ante la muerte como las promovidas por la gripe epidémica de la primera posguerra.

Ambos escritores pertenecen a familias de pequeños propietarios rurales, la una ascendida a la nobleza y la otra, a la universidad. Los dos son abogados: a pesar de que el derecho es un discurso asertivo, conclusivo, veritativo, y la literatura, lenguaje ambiguo, entre los dos órdenes hay algo parecido, que viene del derecho romano: la palabra empleada se torna necesaria, insustituible, y no se puede alterar sin que se altere, al tiempo, lo dicho, que dicho está.

Más aún: Montaigne y Pla deben elegir una lengua literaria. El primero ha de escoger entre el francés del Norte, el gascón del Sur (parecido al español), el latín (usado en su casa hasta para hablar con los criados) y el toscano (que emplea, a veces, en su viaje por Italia). El segundo escribe en catalán y eventualmente en español, pero debe elegir *su* catalán,

porque el disponible es una lengua literaria reciente, con pobre tradición, no más antigua que la establecida por Verdaguer, un poco lo que siente Montaigne ante el francés de su época, lengua incierta a la que debe librar de «olores salvajes y bárbaros». Pla no se reconoce en el catalán literario de Barcelona, culterano, provenzalista y con excesivos toques de virtuosismo, ni tampoco en el afectado ruralismo de otras zonas de Cataluña. Tiene a mano la codificación flamante de Pompeu Fabra pero opta por una variante que quizá le sugieran la cadencia y el léxico ampurdaneses, trufados con sus propias invenciones. La lengua literaria es para los dos una lucha más que una sólida herencia.

¿Hay un judío oculto en las familias maternas de ambos, los López de Villanueva y los Casadevall? ¿Hay un antepasado del que no se puede hablar y que proyecta una sombra de misterio en la historia doméstica? Montaigne recuenta nobles antecedentes, quizá no todos ciertos, en tanto Pla se pierde en la grisura de sus mayores, gris como la cotidianeidad de Palafrugell y las páginas de su cuaderno.

Los autorretratos paralelos coinciden en no ser demasiado halagueños. Ninguno es digno de ser mirado por los otros (mejor dicho: por las otras) y quizás esto motive la intensidad con la que se miran y se analizan a sí mismos. En el punto de partida tal vez hallemos la escasa atención de la madre por el hijo menos favorecido y más irregular. Para compensarla, nuestros escritores agigantan la imagen materna hasta identificarla con la inmensa Naturaleza, en cuyo solitario cobijo maternal se acomodan frecuentemente.

Comparable es también la posición que conceden a la mujer en sus anotaciones. Montaigne no nos ha dejado retratos de su madre, su hermana, su esposa y la única de sus hijas que llegó a mayor. Sus tertulias se pueblan, normalmente, con señores, y las señoras a las que dedica algunos de sus ensayos, son damas letradas cercanas a la reina Margarita, con las que mantiene una relación de distante cortesía. Sabemos que frecuentaba los burdeles (afición que Pla repite siglos más tarde) y se le van los ojos y las manos tras las cortesanas de Italia y las esquivas y bien casadas *gentifemmes* a las que tienta en alguna fiesta de carnaval. Su gran amigo es La Boétie, cuya muerte le produce un duelo inconsolable.

Pla confiesa no tener amigos y sólo aceptar la relación con los maestros. No registra conversaciones con mujeres, aunque las persigue con cachondas miradas por las Ramblas y el carrer Ferran. El diálogo hombre-mujer sólo se da, según afirma, en el matrimonio, que es un convenio para platicar de por vida y que dura lo que dicha plática. Inefables y totales, las mujeres de Pla no tienen otra elocución que la rutina. La elocuencia es cosa de tertulianos. El escritor, preferiblemente, ha de ser soltero. Si bien hay solteros maniáticos, no hay solteros estúpidos.

Para Montaigne, la mujer es suscitadora de loca pasión, explosión emotiva con escaso ensueño o pensamiento (en francés son la misma cosa: *songer, rever*) pero no hay amistad con las mujeres, sino sensato matrimonio, alejado de todo extravío amoroso. Tampoco, el más fructuoso ejercicio del espíritu que es la discusión, lo que en el francés de la época se conocía como *conférence* (conferirse mutuamente la palabra).

Las coincidencias no son casuales, ya que Pla se alinea con la tradición de los moralistas franceses, que podemos hacer partir del mismo Montaigne, y seguir por los autores barrocos, Stendhal como gran crítico de la hipocresía y el Nietzsche que más parece interesar al diarista ampurdanés. Y, a la vuelta de los siglos, un similar cuestionamiento a las certezas del humanismo.

En efecto, Montaigne pone en entredicho la figura del hombre como rey de la creación y la razón como privilegio humano. Considera al hombre desde el cosmos y no a éste desde la antropología. Pla incide en la pequeñez humana, que estima indescriptible, ya que el punto de comparación es un cosmos de dimensiones desconocidas. Si Montaigne anticipa el desengaño barroco, Pla lo repite: en medio de una naturaleza indiferente (aunque materna o tal vez por eso), la caducidad de las cosas, el agotamiento de la imaginación y el pasajero sensualismo de las impresiones, el hombre se ve pequeño ante la incesante inmensidad de la vida y su único privilegio, si lo tiene, es saberlo: la melancolía.

Con todo, el escepticismo de ambos es productivo. No paraliza al pensamiento en el confín nihilista, sino que lo estimula para liberarse de los dogmas. La razón monteñana, aunque incierta y enferma, se apoya en sí misma y no pide auxilio a la fe, proclamando su mutua autonomía. Lo que se cree, no se razona y lo que se razona puede ser erróneo, pero no se aquilata en la mera creencia. En Pla, este divorcio lo llevará a simpatizar con los entusiasmos irracionalistas del nacionalismo materialista (Barrès, por citar un ejemplo alto, y los hay peores). Dios, en ambos casos, está infinitamente lejos y es como si no existiera. Una apuesta que anticipa a Pascal. En el pensamiento francés, esta escisión entre lo religioso y la religión como hecho insoslayable de cultura social, hace tradición y llega hasta Pla. La religión es socialmente útil y necesaria, aunque nada tenga que ver con un Dios que bien podría inexistir. El catolicismo español, que carece de importancia religiosa, es algo tradicional que hace a la cohesión de la sociedad, y conviene conservarlo.

Con esto se vincula el problema del pecado. Montaigne parece prescindir, paganamente, de esta noción, no obstante sus prácticas rituales de católico y sus buenas amistades con gente de la Reforma. Pla, quizá repitiendo a Pascal y su antropología de la imperfección (tan barroca, de nuevo), dice: «El estado permanente del hombre es el pecado (...) Pero salir del pecado es imposible». Su noción del pecado, con todo, no es